

La ecuación del descontento: fractales, lepidópteros, ¿cuánta verdad osa un espíritu?

Gustavo Emilio Rosales

El oficio es la conciencia del artista. No me extraña que en la actualidad tengamos mejores bailarines que coreógrafos: la ardua disciplina del intérprete lo distrae hasta cierto punto del mar de blandenguería y complacencia en el que nadan los coreógrafos. Sin embargo, tristemente observamos cómo la conciencia corporal del danzante lleva la delantera respecto a su conciencia intelectual, para finalmente, en muchos casos, sucumbir en el fácil horizonte del egocentrismo.

Percibo, por otra parte, que los coreógrafos se han acobardado, que defienden —y esto es lo que me alarma más— a rabiar su poco y mal saber con tal de no hacer pública su ignorancia. Los veo demasiado seguros, aplicados en la dosificación —¿domesticación?— de sus cada vez más estrechos espacios de auténtica rebeldía. Los “siento” inmunes a los filos, ya no de la crítica, sino de la autocrítica. Hablo de actitudes, no de obras. No me importa ya realmente, en primera instancia, el resultado, la formalización de la pulsión creativa, sino la latente incoherencia hacia el oficio. Me perturba el desperdicio, el engaño al que jugamos constantemente dentro del gremio al encubrir, entre todos, las tinieblas, las carencias de nuestra formación. No discuto, por tanto, el futuro de nuestra danza escénica en

términos operativos —¿qué importancia tiene, al fin y al cabo, suponer que si hoy se cuelgan mañana nadarán o volarán?—, me interesa vislumbrarlo en términos éticos.

Por otro lado, si tuviera que ubicar los territorios nacionales de la escena coreográfica actual, los señalaría bajo el signo de *atopos*: noción contextualizada en el antiguo cosmos griego como “fuera de lugar”, “fuera de rutas”; de ahí lo inclasificable, extraño, desusado, raro, excéntrico, dispar. *Atopia*, refiere Barthes, es condición “de una originalidad incesantemente imprevisible”. Una primera, encarnación del *atopos*, podría ser muy bien el blasón del escudo de armas de este movimiento, el cual estaría diseñado con los vectores convergentes de la tecnología, la multiplicidad de lenguajes artísticos, usos y costumbres cotidianos, temas que se inclinan al individualismo y a la ciencia ficción, desembarazo de prejuicios de índoles sexual, y acrobacia y atletismo como niveles principales de la “fiscalidad”; dinámica paradójicamente situada dentro de las ya inoperantes condiciones del escenario “a la italiana”. La divisa de este sello estaría emparentada, en su perfil de esperanza, con la teoría del caos, que observa cómo el aleteo de un lepidóptero —una mariposa, por ejemplo— es capaz de inaugurar una catarata en lejanas latitudes. La caología estudia cómo mínimas y extrañas variables operan cambios significativos en los grandes sistemas. Detrás de estos fenómenos se manifiesta un orden mucho más complejo que el de la lógica casual. Así, la “atopia” de los nuevos coreógrafos, para decidir efectivamente sus propios derroteros, tiene que ser capaz de crear —quizá como lo hacen los sistemas fractales— cambios en su propia integridad como proceso histórico.

